

Las alas de la golondrina

Covadonga González-Pola Jaquete

¿Nunca os habéis preguntado por qué no existen los superhéroes en nuestro mundo real? Seamos francos: cualquier cosa que sale en la televisión o en los videojuegos es llevada a cabo por algún inconsciente que se cree que vive en otra realidad o que cree que otro mundo es posible. Normalmente acaban convertidos en fenómenos mediáticos o en leyendas urbanas: desde el asesino de la katana hasta el pobre e inconsciente hombre que pidió que le lanzasen agua desde un hidroavión para solidarizarse con los enfermos de ELA. Gente que imita a sus ídolos sin reflexionar o a los que se les va de las manos un juego de rol. Y con toda esa desmesurada oferta de mundos llenos de crimen, acción y heroísmo, ¿cómo es que aún no hemos oído hablar de ningún enmascarado que se disfraza y sale por las noches, ocultando su identidad, a limpiar el crimen de los bajos fondos de su ciudad o por lo menos de su pueblo?

La respuesta es bastante evidente, pero para ello tenemos que abrir nuestra mente de una manera un tanto especial. Por supuesto que existen. Otra cosa es que no los veamos. Y esto se debe a dos razones:

La primera de ellas es que estos superhéroes no desean ser mediáticos. Se parecen más al pícaro que al caballero y actúan con sigilo, en silencio y bajo la sombra de la casualidad, del accidente, cubiertos con un velo de anonimato.

La segunda razón... bueno, ésta os la podéis imaginar. Si alguien los ve, es mejor hacer como que no existen. Imaginaos que surgiera un encapuchado que plantase cara a la injusticia de este mundo de forma clara, encarándose y señalando con el dedo a los mafiosos, a los corruptos que ostentan el poder... qué peligroso sería para el orden establecido, ¿verdad?

Os preguntaréis, entonces, cómo sé yo todo esto. Y ahora viene la confesión de terapia de grupo: "Hola, me llamo Ainara y soy una superheroína. Llevo dos días sin salvar el mundo." Y sí, muy a mi pesar.

Puede que sí, puede que estuviera enganchada a esto, pero todo tiene un comienzo y me gustaría que lo entendierais.

Ocurrió hace ya cuatro años. Volví de mi clase de taekwondo. Estaba preparando mis pruebas para pasar al tercer DAN y todos los días, cuando dejaba mi trabajo en la compañía tecnológica, corría al gimnasio con la ilusión de prepararme.

Fue entonces cuando tuvo lugar la agresión.

Sí, diréis: ¿pero esta chica, con semejante grado de conocimiento de las artes marciales, cómo no pudo defenderse? Pues eso mismo dijo el juez. Pero siete hombres son siete hombres y la

vida no es como en las películas. No esperan en fila india y con cara de pocos amigos a que vayas derribando a sus amigos uno por uno y que les toque su turno para intentar agredirte.

Así que ni las heridas, ni el trauma, ni lo que quedó dentro de mí y que procedía de todas y cada una de aquellas siete miserables alimañas sirvió como prueba suficiente para condenarles. Porque se suponía que yo sabía defenderme.

Consentido. Consentir. Era una palabra que jamás iba a olvidar. Me marcó de por vida y me juré que no nunca volvería a depender de nadie más que de mí. Pero tardé en ser consciente de aquello. Alguien tuvo que hacerme despertar.

Se llamaba César y había sido marino. Una banda de atracadores había entrado en su chalet y habían pegado, violado y matado a toda su familia mientras él estaba en alta mar. Pero la patética pena que cumplieron los había hecho salir a todos a la calle mucho antes de lo esperado y muchísimo antes de lo deseable.

Él había conocido mi caso en los periódicos por lo escandaloso. Lo cierto es que, aunque a efectos legales no sirvió de mucho, unas cuantas asociaciones feministas habían puesto el grito en el cielo y pancartas en la calle en cuanto salió la sentencia. No voy a decir que no me reconfortase un poquito. Pero seguía sin poder pasar página.

César me pidió que fuera a tomar un café con él y unos amigos. Eran un grupo de apoyo, me dijo. Se ayudaban mutuamente, pues todos habían sido víctimas de malas decisiones de la justicia y de abusos por el estilo. Un grupo de gente inundada de impotencia.

Aunque me imaginaba una reunión de depresivos crónicos, accedí a acudir. A pesar de que no me gustaba que la gente me reconociera como “la joven que había sido violada por siete extremistas”, pensé que podría venirme bien conocer a gente como yo y saber que no estaba sola. Y allí me encontré con todos. Lo cierto es que me sorprendieron. Para empezar, porque esperaba una gente ojerosa y de color gris, pero en su lugar, vi rostros severos y cuerpos fuertes. Gente impecable, serios y con miradas decididas.

Un militar cuyos padres se habían suicidado al saber que iban a ser desahuciados. Una profesora de defensa personal y madre de familia, cuya hija no había sobrevivido por culpa del cierre de una planta de oncología, debido a los recortes. El dueño de un campo de tiro, un cuarentón que había dado con aquel que había atropellado a su hermana. Pero sus pruebas fueron desestimadas. El último era un chico joven, el único que parecía un poco huidizo. Había sufrido abusos en un campamento de verano, pero sus padres se habían negado a denunciarlo por vergüenza. Él, como menor que era entonces, no había podido hacer mucho. Nadie le creyó. Se había ido de casa e incluso había vivido un tiempo en la calle hasta que se convirtió en un buen carterista y experto en abrir cerraduras.

Conectamos. Confié en ellos. Confiaron en mí. Y me aseguraron que los traumas pueden superarse con mucho tiempo, pero que también pueden quedarse dentro de nosotros para siempre. Que, a veces, no quedaba otra que vivir con ellos. Y que el mejor partido que se le podía sacar a una experiencia imborrable era convertirla en una fortaleza y en una determinación que diera como resultado algo bueno. Ellos decían que, al menos, podían llegar a algunos de esos malditos huecos adonde a la ley no le daba la gana de llegar. Que ignoraba deliberadamente.

“El mundo es una mafia”, me dijeron. “No puedes combatir contra los armados sin armas. Tú lo sabes mejor que nadie.”

Y me hablaron de lo que habían hecho: Aquel político que había sufrido un accidente y se había quedado ciego. El banquero cuyas finanzas se vieron al descubierto y se desató el escándalo. El chico del barrio de al lado que había desaparecido misteriosamente era en realidad un pederasta.

Después de un par de semanas, me invitaron a salir con ellos. Nada de distintivos ni capas. Ropa negra, un pasamontañas y, por supuesto, nada de tacones de vértigo. Armas, en algún caso, para quien supiera utilizarlas. Fue una pequeña chiquillada a modo de iniciación: pinchamos las ruedas de todos los coches de la comisaría. Al día siguiente debían ejecutar un desahucio. Seguramente, la mayoría de ellos ni siquiera quería hacerlo. Así, les dimos la mejor excusa. Lo cierto es que parecía una tontería, pero me sentí muy bien al hacer aquello. Y me sorprendí a mí misma el día que me di cuenta de que no tenía límites, que era capaz de discernir quién merecía un castigo y ejecutarlo. Así, llegué a disparar a una concejala espalda y la dejé en silla de ruedas de por vida, para que aprendiese lo que era vivir en un lugar donde ella estaba retirando todo tipo de ayudas a la movilidad mientras se construía un chalet. Averiguamos dónde vivía un banquero corrupto y le quemamos la casa, para que sintiera lo que era quedarse sin hogar. A mi querido juez lo sorprendí un día en el hospital, cuando iba a hacerse unas pruebas rutinarias... digamos que tardó mucho tiempo en volver a sentarse. ¿Lo visteis en las noticias?

Qué bien me sentía. Era como personificar el karma. Recibes lo que mereces. Es lo menos que puede uno esperar. Temer, sentir que, tal vez, tu maldad y tu codicia no queden impunes.

Todo iba bien, pues éramos discretos y actuábamos con poca frecuencia, para pasar desapercibidos. Hasta que sucedió lo de aquel ministro de medio ambiente. Tenía aquel cargo sólo porque le había tocado en sorteo. Pero aquellos cambios normativos habían envenenado el agua de toda una comarca. Él lo había sabido en su momento, había ganado dinero con sobornos y privatizaciones y, ahora, años más tarde, comenzaban a salir más y más casos de enfermedades incurables entre la gente que la había bebido. Así que hicimos lo propio. Lo envenenamos. Despacio, para que entendiera, al menos un poco, lo que había hecho.

Aquel fue el día que llegamos demasiado lejos. O eso debieron de creer los poderosos. Siempre habíamos sospechado que nos observaban, que imaginaban quiénes éramos, pero que tapaban la mayoría de nuestras actuaciones de la misma manera en que lo hacíamos nosotros, bajo falacias sobre accidentes. Creo que estaban asustados. Tanto que nos buscaron y nos reunieron. Pacíficamente, en una sala privada de un gran hotel de lujo.

Yo tenía miedo. Tanto como el día en que fui acorralada por aquellos siete violadores. Pensaba que, tal vez, aquellas personas tenían el poder suficiente como para descerrajarnos un tiro en la nuca y marcharse con impunidad. Pero no fue aquello lo que hicieron.

Dinero. Cantidades insultantes de dinero. Sólo teníamos que parar. Era la solución más amigable. Era como pedirnos que nos uniéramos a ellos. Yo me levanté y me marché, tratando de hacer el silencio en mi mente mientras oía las amenazas. Aquéllas se parecían más a lo que había imaginado en mi mente unos minutos antes.

Me giré, al ver que César me pedía que le esperase. Se vino conmigo. Lo último que vi fue a los demás, con gesto asustado, acercarse a los maletines de dinero.

Hola, me llamo Ainara y soy una superheroína. Llevo dos días sin salvar el mundo. Como nombre en clave eligieron para mí La Golondrina. La sencilla transcripción de mi nombre del euskera al castellano. Tal vez no fue nada grandilocuente, pero creo que fue acertado. Al menos, eso pienso ahora, mientras sé que mi vida entera pasará muy pronto por delante de mis ojos.

Supongo que César ya estará muerto, pues no me coge el teléfono. En la entrada del alto edificio de apartamentos donde vivo ya veo entrar a los mismos hombres del restaurante. Pero hay muchos más. Vienen con ellos. Vienen a por mí. No he aceptado el trato y, por tanto, debo ser eliminada. Pero no puedo dejar de deciros esto: los superhéroes sí existen. No tienen grandes poderes, pero luchan desde algún lugar, cubiertos por la ambigüedad y por el miedo de los poderosos al gran efecto llamada que podría tener que un grupo de gente estuviera realmente decidida a plantarles cara. Sin nada que perder. Sin miedo a morir, como me sucede a mí. Oigo sus pasos acercarse, pero antes de que entren, antes de que puedan disparar, esta confesión habrá volado por las ondas y estará en cientos de lugares.

Intentarán hacer creer que no es más que un cuento de ficción que otra loca ha colgado en internet. Una loca que no pudo soportar su trauma y se ha inventado un mundo diferente donde ella sí pudo hacer justicia. Un cuento de una loca que querría poder volar.

Pero algunos de vosotros os preguntaréis si esto es cierto. Y os preguntaréis también si otro mundo es posible. Si todos podéis ejercer nuestro papel heroico y seguir nuestros pasos. Estoy segura de que hay más como yo y como César. Buscadlos. Pedidles que salgan a la luz y que sean vuestra esperanza. Seguidlos y plantad cara al mal que se ríe de vosotros en cada avance de noticias desde un despacho de un rascacielos o desde un escaño inmerecido. Desde un juzgado lleno de mentiras o desde la sede de una organización podrida hasta los cimientos. Luchad por un futuro mejor, sin pobreza y sin corrupción. Donde cada uno reciba lo que se merece.

Ya están aquí. Y yo no voy a dejar que me cojan con vida. Una vez más, no lo voy a consentir. Voy a saltar. Dirán que me suicidé, pero simplemente he preferido tener el control de mi última decisión y saltar por la ventana. Porque quiero enviaros un último mensaje:

“La verdadera esperanza es veloz y vuela con alas de golondrina”, William Shakespeare.